Centro de Espiritualidad y Pastoral

Aporte - HOMILÍA del Domingo 27 de Octubre de 2019
SEMANA 30 DEL TIEMPO ORDINARIO – CICLO "C"

ERRADICAR NUESTRO ENGREIMIENTO Y NUESTRA SOBERBIA

[Lucas **18**, 9-14]

En la Semana 30 del Tiempo Ordinario, la Liturgia nos invita a reflexionar la soberbia y la humildad, porque estas dos actitudes determinan nuestro modo de ser y actuar. De ahí que el Evangelio (Lc. 18,9-14), personifique, en la parábola del fariseo y el publicano, la contraposición que existe entre el engreimiento y la autenticidad.

Lo que el Fariseo comunica a Dios en su oración evidencia que tiene carcomida su alma. Ahora bien, el Evangelio dice que el diálogo de este hombre se produce en su interior. Asunto que debe ser tenido muy en cuenta, porque, cuando la soberbia es descarada, ella misma construye su propia destrucción. Pero la soberbia oculta, la que está en nuestro interior, se nota poco, se disfraza y, por eso, hace estragos a nivel personal, familiar, laboral y religioso, ya que se esconde bajo sutilezas.

Por su lado, lo que el Publicano comunica a Dios en su oración pone de manifiesto una gran sencillez por su gran libertad para reconocerse pecador. También, en este caso, el mismo evangelio nos dirá que el diálogo de la persona sencilla con Dios brota de su interior. Por eso tiene gran importancia para nosotros, ya que está indicándonos que el verdadero encuentro tanto con Dios como con los demás solo se dará en la medida que seamos auténticos, con los pies en la tierra y sin falsedades.

De una actitud farisea (hipócrita) solo puede salir mentiras y maldad. Porque, montados en un pedestal construido a base de lo que nos diferencia o distingue de los demás, llegamos a considerarnos superiores o mejores. Desde ahí miramos a las personas por encima del hombro (*descarada soberbia*); o por debajo del hombro (*sutil soberbia*) que es más peligroso que lo anterior. Esta sutil soberbia, la que está en nuestro interior, delata el nivel de miseria que carcome la vida desde dentro de la persona.

Cuando nos exponemos con sinceridad, entonces crece nuestra autenticidad. Construir la propia vida a base de lo que nos hace más humanos y nos acerca a los demás, permite reconocernos personas de carne y hueso, necesitadas también de amor, de ternura y de perdón. Desde ahí podemos establecer relaciones que crean fraternidad. Una actitud así evidencia el nivel de calidad humana que enriquece la vida desde lo más profundo de uno mismo.

La soberbia sólo da para crecer en mayor soberbia. San Ignacio de Loyola comentó a una gran religiosa de su tiempo: "*hay que estar muy atentos a estas sutilezas del espíritu humano, porque de la soberbia se avanza hacia la vanagloria o crecida soberbia, la cual, por su misma dinámica se disfraza también de falsa o viciada humildad*". Mientras que la humildad da para avanzar hacia la madurez humana y espiritual. El humilde sabe valorar la vida propia y la ajena, sabe cultivar alegrías, es agradecido, genera paz y esperanza.

Que nos atrevamos a ejercitar continuamente un razonamiento, un afecto, una palabra y una actuación que erradique en todo momento las múltiples maneras de herir a otras personas y que promovamos actitudes que generen fraternidad, sanación mutua y comunión.

Puedo terminar la Homilía con este texto.

Yo no Rechazo tu Encuentro

Si tú sabes que te amo, te protejo y te defiendo; soy Amor, siempre lo he sido, nunca dejaré de serlo.

Soy tu Padre en todo momento, por ti y por los tuyos velo; aunque tú me seas infiel, Yo siempre fiel permanezco.

Me agradas cuando me hablas, cuando te tomas tu tiempo para confiar en Mí todo lo que llevas dentro.

No temas, sé humilde, nunca rechazo tu encuentro; aunque tus males sean grandes, Yo a tu lado permanezco.

Recuerda, nunca lo olvides, soy tu Padre y te defiendo; te amo, te amaré siempre, nunca dejaré de hacerlo.

(*Cf. Zaida C. de Ramón*)